

distancia inmensa entre una idolatría ménos grosera que la del vulgo, y el cristianismo abrazado y practicado hasta el punto de morir por él; y el haber pasado de un extremo á otro los sabios mismos, los magistrados, los ricos y acomodados del siglo á la voz sola de algunos judíos oscuros y despreciados, es cosa que asombra, y que nunca se explicará por causas puramente humanas.

Confesemos pues que la religion cristiana no halló los medios de establecerse ni en las luces de sus fundadores, ni en los atractivos de su doctrina, ni en las circunstancias de los tiempos de su origen, y que nada tuvo á su favor de cuanto hace prosperar las empresas humanas: al contrario, las preocupaciones del entendimiento, las pasiones del corazon, la fuerza de la costumbre, la autoridad del egeemplo, y la política de los gobiernos, todo estuvo contra ella. ¿pues cómo ha podido establecerse? Se necesitaba para ello, ó milagros, ó cierto impulso secreto en las almas, dado por aquel que llaman nuestros libros sagrados el *Padre de las luces* y el *Dios de las virtudes*. El Evangelio ha triunfado del mundo pagano, y este solo triunfo es un monumento eterno de su divinidad.

Pero para convenceros mas y mas, demos;

tremos cuan frívolas son las explicaciones de su establecimiento que han dado los incrédulos.

Nada han perdonado estos para oscurecer la gloria que resulta al cristianismo de su maravilloso establecimiento. Ya nos hemos anticipado á algunas de sus fútiles observaciones; pero conviene al triunfo del evangelio examinar todavía mas las explicaciones que los incrédulos pretenden dar de su asombrosa propagacion. Nos dicen que el evangelio debió por sola su novedad excitar vivamente la curiosidad pública y atraerse partidarios: que habiéndose apoderado en los primeros momentos un entusiasmo inconsiderado de algunos espíritus exaltados, se difundió bien pronto por todas partes: que una vez establecida en algunos puntos la secta de los cristianos, debió sus rápidos progresos al fanatismo, y sus virtudes al espíritu de partido; y que no podia dejar de ser así en vista de las terribles amenazas y de las magníficas promesas de la vida futura de que iba acompañada la predicacion del evangelio: tal es el lenguaje de la incredulidad: ¡vano recurso para explicar lo que es inexplicable por solas causas humanas! Prosigamos.

Yo no ignoro que la novedad tiene por sí misma cierto atractivo; pero tambien sé que una

doctrina, aunque nueva, no logra fácilmente prosélitos sino en cuanto es conforme con los gustos é inclinaciones de aquellos á quienes se anuncia. El corazon adopta gustoso lo que le halaga, pero se rebela contra las máximas que sujetan sus inclinaciones: ¿quereis ganaros á la muchedumbre? Adulad sus inclinaciones; pero si quereis atraeros su odio y aversion, combatid sus vicios. La mentira no agrada sino cuando adula; podrán en algunos momentos arrebatarnos las bellezas de una moral pura, pero generalmente solo se la ama en la especulativa, y cierta propension nos excita á desecharla en la práctica, y á quererla mucho mas en los otros que no para nosotros mismos: es muy fácil ser crédulo en las cosas indiferentes que ninguna obligacion imponen; pero las máximas que piden sacrificios costosos hallan siempre en el corazon una secreta resistencia. Es cosa muy natural, y aun muy comun, que hombres ansiosos de novedades se dejen llevar de aquellas que de sí son halagüeñas y cómodas, y que prometen la licencia y la impunidad; pero que abracen sin motivo ni exámen, y á pesar de todas las preocupaciones y pasiones, y aun contra sus mismos intereses, una religion que los obliga á practicar la virtud mas pura, y

los expone continuamente á nuevas penas y nuevos riesgos, es una especie de seduccion de que no hay ejemplo.

Se quisiera no ver en la conversion de los paganos al evangelio mas que el efecto de un cierto entusiasmo inconsiderado; de este modo, y segun los incrédulos, hubiera sido preciso que una especie de delirio religioso hubiese arrastrado á los paganos á abandonar á la sola voz de unos cuantos judíos una religion tan agradable y cómoda como la suya para abrazar otra tan opuesta á todas sus inclinaciones como es el cristianismo: era preciso que este delirio se hubiese apoderado no solo de algunas ciudades y de algunas otras poblaciones, sino tambien de todas las provincias del imperio romano de los pueblos civilizados y de los bárbaros, así como de regiones las mas encontradas en costumbres, en carácter y en language; que este delirio hubiese conmovido no solo algunas cabezas de las mas exáltadas, sino tambien los ánimos mas pacíficos, la juventud y la vejez, al magistrado y al pueblo, á los sabios y á los ignorantes; que no se hubiese limitado solamente á un corto número de años, sino que hubiese durado por siglos enteros; y por último que este delirio hubiese terminado en purificar las cos-

tumbres y destruir las supersticiones impuras y crueles, en hacer á los hombres mas ilustrados y mejores, y en formar en todas partes padres mas virtuosos, hijos mas sumisos, esposos mas fieles, señores mas justos y magistrados mas integros. Nadie ignora el homenaje que Plinio el jóven tributó en su famosa carta á Trajano (1) á las virtudes de los cristianos de su tiempo. Ciertamente un delirio que reúne todos estos caracteres y que regenera de este modo á la especie humana, es muy parecido á la mas sublime sabiduría; y ya lo veis, la tacha de delirio recae ménos sobre los primeros cristianos que sobre sus acusadores.

Se atreven á calificarlos de fanáticos; pero los fanáticos son en algun modo sombríos y feroces; su celo es violento y sanguinario, y el hierro y el fuego son los medios de realizar sus empresas y conquistas; proyectan venganzas y atentados en nombre del cielo, y los ejecutan y consuman por conciencia y sin remordimientos: he aquí el fanatismo, ó es preciso convenir en que no nos entendemos al usar de esta palabra; ¿y quién puede reconocer semejantes rasgos de un negro furor en los primeros fieles, en

(1) *Epist. lib. X. Ep. XCVII.*

aquellos que no respiraban mas que paz, caridad y olvido de las injurias, y que solo sabian padecer y morir perdonando á sus verdugos? Eran sin duda alguna celosos por la propagacion de la fe; es cierto que no miraban con indiferencia los errores y vicios del paganismo, y que estaban por el contrario dispuestos á sacrificarlo todo, hasta la vida si era necesario, por conquistar almas á Jesucristo; pero no conocian otras armas para extender su imperio que las de la persuasion, de la paciencia y de la súplica; y sabian derramar su sangre, pero no la de sus enemigos. ¿Se ve acaso en su conducta alguna cosa que indique ira ú odio? ¿Inmolaron acaso á algunos paganos á su religion por espíritu de fanatismo? ¿Procuraron por ventura la ruina de alguno de los Césares sus perseguidores? ¿Recorrieron acaso algunas provincias con la espada en la mano para establecer el reino del evangelio? Nada de esto se lee en los anales de los tres primeros siglos de la Iglesia, únicos de que hablamos al presente, y aquí yo no veo fanatismo mas que en el ciego encono de sus detractores.

Pero ya que no puedan dejar de admirar las virtudes de las iglesias nacientes, intentan explicarlas y disminuir el mérito de ellas, atribuyen-

dolas al interés que tenían los cristianos en adquirir reputacion, en ganarse la estimacion pública, y en una palabra, á la influencia del espíritu de partido; pero á la verdad, ¿hay cosa mas vaga ni más insignificante? El espíritu de partido da virtud solo en la apariencia, pero no en la realidad: puede, sí, reformar alguna vez el exterior de los hombres; pero no muda su corazón sino que les deja todo su orgullo, y no hace mas que ocultar las pasiones bajo de una máscara que suelen quitarse frecuentemente para manifestarse á las claras y con todos sus excesos. El espíritu de partido puede inspirar alguna accion brillante y algunos sacrificios pomposos; pero solo una religion sincera puede inspirar la fidelidad constante á los deberes mas oscuros, y hacer practicar aquella serie de acciones sencillas y modestas de cada dia y de cada momento: el espíritu de partido puede hacer fariseos, pero no hará un Vicente de Paul; y por mas que se disfrace queda siempre tal como es en sí, turbulento, áspero, vengativo y sedicioso. ¿Y quién ignora que los cristianos de las primeras iglesias eran por el contrario los mas afables, los mas caritativos y los mas pacientes de los hombres, los ciudadanos en fin mas sumisos y mas fieles? Confesemos en obsequio de

la verdad que una santa emulacion por el bien los animaba incesantemente, y que procuraban alentarse y edificarse unos á otros con buenos ejemplos. Si esto es lo que se quiere llamar espíritu de partido: loor eterno á tal espíritu de partido, que pobló el mundo de virtudes hasta entónces desconocidas! Ojalá que por espíritu de partido se hubiesen mostrado nuestros incrédulos como modelos de modestia, de desinterés y de sumision á las leyes, de respeto á las instituciones de su patria y de adhesion al trono; y ojalá que por todas partes hubiesen formado discípulos que siguiendo sus huellas por espíritu de partido, hubiesen presentado la imágen de las mas puras y heróicas virtudes: entónces á lo ménos, en lugar de ser conocida la incredulidad moderna por solo sus estragos, podrian vanagloriarse de haber hecho algun bien á la humanidad.

No hay duda que cuando, á la voz de los discípulos del Salvador entraban á bandadas los paganos en la iglesia cristiana, y cuando se exponian á todos los peligros, al odio de sus deudos, á la persecucion de los magistrados, y á la pérdida de sus bienes, de su tranquilidad y de su vida, estaban animados por la esperanza de recibir algun dia la recompensa de tantos y

tan generosos sacrificios. Pero pregunto yo ahora: ¿de dónde pudieron adquirir los apóstoles y sus discípulos ideas tan sublimes, tan puras, tan firmes y tan fijas sobre la vida futura, acerca de la cual estaban tan vacilantes los filósofos? ¿De dónde vino á unos cuantos judíos oscuros el poder de imprimir tan profundamente esta doctrina en el ánimo de los pueblos, y aun en el de un gran número de sabios, de voluptuosos y de ricos criados en el paganismo? ¿No es pues una cosa asombrosa que unos ignorantes hayan excedido á los mejores ingenios de Roma y de Atenas?

Contestando ahora directamente á los que quieren atribuir la propagacion del Evangelio al efecto que debia producir en los ánimos la perspectiva de sus amenazas y promesas, diré que una vez convencido el hombre de la verdad del cristianismo, y creyendo sinceramente en su doctrina y sus máximas, sobre la vida futura, puede sentirse afectado y conmovido por esta idea; pero tambien diré que los que no creen en el cristianismo se rien de sus promesas y de sus amenazas, como lo hacen nuestros incrédulos que forman de ellas un objeto de irrisión. La primera idea de los paganos debió ser la de mofarse de los apóstoles y de su doctrina,

sin que la esperanza ó el temor de una vida futura les causasen mas impresion que sus fábulas sobre la felicidad de los campos eliseos y sobre los suplicios del Ténaro. Asi es que Tertuliano, nacido en el paganismo, decia despues de su conversion al Evangelio: „Nosotros (1) „tambien, nosotros nos hemos burlado como „vosotros de la doctrina cristiana: los hombres „no nacen cristianos; se hacen tales.” Nosotros tambien tenemos derecho de preguntar cómo se han hecho cristianos los paganos, y á esto nos contestará S. Atanasio (2): „Los filósofos con „sus obras voluminosas no han podido persua- „dir sus dogmas sobre la inmortalidad del al- „ma, y sobre el modo de vivir bien, mas que á „un corto número de discípulos, y Jesucristo „con palabras sencillas, y por medio de unos „hombres sin ciencia ha enseñado á una multi- „tud de iglesias, en todo el mundo, á despreciar „las cosas temporales y hasta la vida, para no „apreciar sino las eternas.”

En vano procuran los enemigos del cristianismo substraerse á la luz que le rodea, y que pone á la vista su origen celestial: léjos de oscure-

(1) *Apolog.*, cap. 18.

(2) *De Incarn. Verbi*, n. 41.

cerse la gloria que resulta al Evangelio de su maravilloso establecimiento en medio de las naciones paganas, permanece en todo su esplendor á pesar de los sofismas de la incredulidad. Debe pues ser reverenciada como obra de Dios esta religion que hace catorce siglos es la de nuestra patria, que se sentó con Clodoveo en el trono de los Francos, que protegió Carlo-magno con toda la fuerza de su brazo poderoso, que honró S. Luis con las mas heroicas virtudes, á la que tantos reyes han debido la prosperidad de sus reinados, ó su consuelo en sus infortunios, y que aun vemos brillar hoy sobre el trono y en sus gradas con nuevo esplendor. ¡Y estará destinada á desaparecer de entre nosotros por nuestra sacrílega indiferencia? ¡Ah! no temamos por ella, temamos por nosotros mismos. La historia atestigua que siempre ha sabido reparar sus pérdidas con nuevas conquistas: es un sol que si cesa de alumbrar una region, es para iluminar otra: ¡desgraciados de nosotros si hiciésemos esta fatal experiencia! La religion no necesita de la Francia; pero la Francia no puede subsistir sin la religion. Pero no, no perecerá: el cielo que la ha salvado con tantos milagros, la salvará aun si es preciso con otros nuevos: los dones de Dios no llevan con-

sigo el arrepentimiento, como dicen nuestros libros santos. El Dios de las misericordias parece habérnosla prometido para siempre al restituírnos los hijos de S. Luis: sí, la religion debe triunfar por ellos y con ellos. ¡Qué augusto apoyo no encuentra en ese monarca que no en vano se titula el REY CRISTIANISIMO, que se honra de humillar ante la cruz sus elevados pensamientos, y de ser á los ojos de sus súbditos el primer servidor de aquel por quien reinan los reyes! Cristianos, cuando se nos dan ejemplos tan grandes de amor á la fe de nuestros padres por lo mas ilustre que hay en la tierra, ¡quién de nosotros no fundará su felicidad en imitarlos? ¡Feliz aquella nacion que encuentra sus modelos en sus señores, y que solo tiene que seguir sus huellas para llegar á la verdadera gloria en este mundo y en la eternidad!